

PRESENTACIÓN DE LIBROS



Los secretos de la tía Rosa
Raúl Aguilar Rodas

Sumergido durante los últimos años en documentos históricos de la época de la Conquista y la Colonia, extrañaba que la mención de mujeres fuera mínima, pues todos los hechos narrados eran ejecutados solo por hombres y si aparecía alguna mujer era por situaciones insólitas, como haber sido guerrera. La misma Isabel la Católica, poderosa reina de Castilla y León, aparecía disminuida ante su esposo Fernando, rey de Aragón, a pesar de que ella fue la gestora de la reconquista del Reino de Granada y del apoyo a Colón para su viaje al Nuevo Mundo.

Mas, sin embargo, recordaba de mi niñez, cuando mi madre me contaba las maravillosas vidas de mujeres en la historia del mundo, como Safo la poetisa griega, Elena esposa del emperador romano Constantino en el siglo IV de nuestra era, Santa Genoveva que salvó a París de los hunos, Genoveva de Brabante y su leyenda francesa, Blanca de Castilla madre de San Luis rey de Francia, Juana de Arco, Santa Teresa de Jesús, Sor Juana Inés de la Cruz y otras más; pero se deleitaba hablándome de Manuelita Sáenz, de Madame Staël, George Sand escritora y musa de Chopin, Teresa de la Parra y así más y más hasta llegar a nuestras María Eastman y María Cano, cuyas voces femeninas sobresalían en el apabullante machismo de la Colombia de los años 30.

Así que decidí suspender lo que entonces escribía, para elaborar un cuento corto sobre una mujer, prototipo de las muchas inteligentes, dinámicas, emprendedoras y tiernas que he encontrado a lo largo de mi vida, y que han logrado una transformación social de Colombia, sin muchos aspavientos pero con muchas dificultades.

En un comienzo pensé irme hasta principios del siglo XX, cuando se hicieron convocatorias a las mujeres de Antioquia para que participaran en concursos de cuentos, pero el horror de las críticas de escritores de entonces me alejó, porque parecían de una época oscurantista y ahora nadie comprendería que hubiéramos tenido tal época, aunque al recordar las motivaciones de las guerras que hacían se comprende, pero da tristeza.

Así que preferí alejarme un poco de la ficción y contar lo que había conocido en nuestra sociedad, pues era la verdadera y local historia, aunque en verdad la individual es propia de cada quien, pues las circunstancias familiares y locales son muy diferentes.

Terminé mi bachillerato en la Bolivariana, en donde compartíamos compañeros de “todas las clases sociales”, así entre comillas, porque en verdad no había diferencias en nuestras relaciones cotidianas y en todas las casas teníamos igual acogida, porque estudiábamos en grupos. También hacíamos conferencias y recitales en la Biblioteca de la UPB, que quedaba en la calle Caracas con Palacé, a las que asistían grupos de alumnos de los colegios masculinos y femeninos, y así fui conociendo las restricciones legales, sociales y familiares de aquellas jóvenes, así sus familias fueren pudientes.

En 1949 empecé mi carrera de Ingeniería Química en la UPB, y a la vez formé parte del grupo que manejaba la recién creada Radio Bolivariana, así que pronto fui director de ella y allí estuve por más de dos años. Con frecuencia teníamos grupos de colegios masculinos y femeninos que iban a conocerla, a colaborar y a hacer programas en que todos participaban. Luego fui profesor de matemáticas y Física para grupos de alumnos y alumnas, por supuesto que por separado como se acostumbraba entonces, de colegios que requerían un refuerzo en épocas de exámenes.

En esa experiencia preliminar fundamenté mi cuento, que al estar emocionado recordando y tomando de aquí y de allá recuerdos con nom-

bre propio, fui construyendo un tapiz abigarrado que a nada conducía, así que hube de buscar un personaje central, con su propia historia construida de muchas historias, pero con orden lógico y consecuente, resumen de una y muchas vidas, quizás diferente a la individual de cada una, pero en la que descubriéramos mucho de lo vivido por nosotros mismos.

El entramado social y cultural del Medellín de entonces traté de recordarlo vívida y fielmente, para que fuera aceptado como propio y situara al lector en la escena, como en el teatro antiguo. Los patrones sociales de entonces fueron cambiando con rigurosidad cronológica, de la que no podíamos apartarnos, para que el lector creciera en edad con la protagonista, como lo había hecho en su propia vida. Es decir, volví a vivir paso a paso toda la transformación social, cultural, ambiental y política de esta ciudad y de sus habitantes, como un paseo más grato que el que hizo Dante guiado por Virgilio en la obra de la Divina Comedia.

Pero el escenario dice muy poco del crecimiento emocional, sentimental y racional de una generación a otra, pues a la vez el mundo cambia a su alrededor influenciado por muchas causas externas, fueren ideológicas, culturales, políticas, racionales e irracionales, como fueron los años pasados desde 1939 hasta el año 2000, época en que se desarrolló el relato. Así que fue necesario acogerse a los escenarios extranjeros en los que tantos de nosotros hemos estudiado, vivido, gozado y sufrido, antes de regresar a la querencia de nuestra tierra, pues ese influjo en nuestras costumbres ha sido muy importante, como en buena parte lo fueron para las generaciones anteriores, aunque con mayores limitaciones.

Pero la complejidad mayor fue la de aprender, un poco al menos, las diferencias sustanciales entre un hombre y una mujer, pues me estaba metiendo en el alma de una mujer, más compleja aun que su ser fisiológico. Empecé por leer en una buena y moderna enciclopedia cómo se define a la mujer, para encontrarme con la simplicidad absoluta y absurda de que al final del siglo 20 la definición es:

“1. Hembra, persona del sexo femenino de la especie humana. 2. Persona adulta de sexo femenino de la especie humana. 3. Esposa. 4. Hembra dotada de las cualidades que caracterizan la madurez síquica. 5. *Mujer de gobierno*, criada que tiene a su cargo el gobierno económico de la

casa. Q% *Mujer de vida airada, de mal vivir, de mala vida, de punto, del arte, del partido, mundana, perdida o pública.* Q% *Mujer de su casa, la que cuida con eficiencia del gobierno de la casa.*”

Hay luego en la descripción Enciclopédica las secciones Anatomía y Fisiología, y Arte.

(Gran Enciclopedia Larousse)

Las mujeres de mi casa habían sido mi abuela materna, mi madre y mis dos hermanas menores que yo, cuyo ser en nada se identificaba con esas definiciones de la Enciclopedia, pues nunca la fisiología había sido la característica fundamental, pero sí sus sentimientos, pensamientos, expresiones y enseñanzas, que en mucho diferían de las mi padre y mi abuelo materno. Ya habíamos aprendido con amor que “a la mujer no se le toca ni con el pétalo de una rosa” y que la madre es el ser más fundamental de la familia porque ella se emplea en la educación y formación de los hijos, pues el padre está fuera trabajando para buscar el alimento material. Las diferencias estaban no solo en los puntos de vista de los padres sobre alguna situación casera, sino en la manera de enfrentarla en la que casi siempre diferían sustancialmente y casi siempre era la madre la que tenía la razón.

¿Cómo entender y explicar esas diferencias? Pues obviamente no era un problema fisiológico, sino mental, espiritual o racional.

Así fui aprendiendo de ellas y de mi esposa, personas que tuvieron que interrumpir sus estudios casi desde los quince años para empezar a trabajar en ayuda de la familia y de la educación superior de los hijos varones, pues sus recursos morales e intelectuales les permitían enfrentar, casi desde niñas, los avatares de la vida y crecer en edad, dignidad y autoridad, tanto en casa como en sus trabajos. Las razones y las explicaciones eran entelequias ante la realidad de los hechos.

Ese triunfo social, cultural y moral tenía aun mayor valor porque ellas estaban sometidas por las leyes a la dependencia del padre, y al casarse del marido, como si fueran hijas. La educación era muy restringida no solo por las razones ya dichas, sino porque se consideraba que llegar a ser bachilleras era contribuir a un desorden social, pero se les proponía ser

maestras para que se preparan para educar, sin más. No tenían derecho al voto, es decir no se les concedía el derecho de opinar y expresarlo en las urnas, y si se expresaban públicamente eran tachadas de marimachos y menospreciadas por todos.

Pero las diferencias entre el alma masculina y el alma femenina, superan las diferencias fisiológicas que son complementarias, y aquí me refiero a la primera acepción del significado de alma según el DRAE que la define como: “Principio que da forma y organiza el dinamismo vegetativo, sensitivo e intelectual de la vida”.

La feminidad es visible desde el nacimiento y se refleja a lo largo de la vida, no solo en los rasgos físicos y comportamientos, sino en los pensamientos, actuaciones y realizaciones. En los niños la masculinidad se demora varios años para manifestarse, y en veces no es rotunda, pues quedan rasgos y gestos normales a la feminidad, que se atribuyen a la influencia materna. El hombre y la mujer viven en el mismo mundo, pero tienen una visión y una comprensión distintas pero complementarias, gracias a sus diferencias sensitivas y funcionales, que es lo que marca la masculinidad y la feminidad, “dos caras de la misma moneda”.

También desde el principio de los tiempos la maternidad, como función fundamental y propia sólo de la mujer, la une estrechamente a los hijos y genera una dependencia de la familia hacia ella, pero no hacia el padre, a menos que haya leyes o costumbres que la impongan, pero que nunca la sustituirán. El sentido familiar es nato en las mujeres desde su infancia y nunca las abandona así no tengan hijos.

Así que el hombre se empleó desde el principio de la humanidad en el trabajo externo a la casa, y en su grupo homogéneo a las especulaciones comunitarias que devienen en normas y leyes, religiosas y políticas, como una rutina exclusiva de ellos, dejando a la mujer como fundamento y mentora de la familia, que es una realidad total y no una especulación. Se fue creando entonces una dicotomía que obligó a la mujer a salir a disputarle al hombre el monopolio de las leyes, pues excluían perniciosamente a la mujer, a las hijas y a los hijos menores de edad, porque esas normas iban contra la justicia, contra la razón y especialmente contra la naturaleza.

Y aquí hago un paréntesis breve sobre este último aserto: Las investigaciones genéticas, fruto de las nuevas tecnologías modernas, llevaron al descubrimiento del ADN en los humanos en 1953, y posteriormente en 1987 encontraron el ADN Mitocondrial, que se halla solamente en las mitocondrias, corpúsculos minúsculos que hay en el óvulo materno, y es el fundamento de la evolución humana, heredado solamente por sus hijas, así que se ha descubierto una relación científica que valida mucho de lo que se había observado en la humanidad. El profesor e investigador genético inglés Bryan Sykes en sus estudios de miles de muestras de muchas regiones de la tierra, evidenció siete genes femeninos que vienen desde antiguo y hoy se encuentran en distintos lugares del mundo, a lo que escribió en el año 2000 un libro que tituló: “Las siete hijas de Eva”.

Nació pues la Tía Rosa con ese antecedente, en momento oportuno para recordar con dolor a tantas mujeres esclavas del hogar y de la violencia masculina, física y legal, así como para hacer un homenaje a quienes unidas lograron conmovier a los políticos y crear conciencia y estima en las propias mujeres para defenderse, para aglutinarse y para enfrentar en su propia casa y en su ambiente cercano las oposiciones masculinas y religiosas que entonces eran muy fuertes. Fueron las de las ciudades principales las que abrieron la oportunidad de reunirse y expresarse a viva voz, pues en los pueblos y campos de Colombia era inadmisibile toda crítica e inaceptable un cambio. Ustedes, las señoras que nos acompañan, y las madres de muchas, fueron artífices de ese cambio, que en verdad apenas avanza paulatinamente, pero sin razones para volver atrás, aunque aún faltan muchos cambios para lograr la plena justicia.

La novela de la Tía Rosa, es en verdad una historia rosa, si la comparamos con la real historia que vivieron y están viviendo todavía las mujeres de las ciudades, los pueblos, veredas y campos de Colombia. Ya decía antes que la familia desde los tiempos primitivos estuvo soportada por la maternidad y el hombre era trashumante, con poca presencia en el hogar, porque allí estaba la madre cuya función, la maternidad, era llevar vivos y preparados a sus hijos hasta su juventud. En las guerras las víctimas menores son los combatientes que pierden la vida y las mayores quienes tienen que seguir viviendo con riesgo de muerte y miseria permanente, indefensas y desvalidas, lo que casi siempre toca a las madres y a sus niños.

Hay aquí veteranas de esa lucha que se ganó hace cincuenta años y que sigue a paso lento moviéndose en el cambio de leyes que exijan completa justicia. Otras son discípulas aplicadas que han visto resultados y aun contribuido a ellos. Para todas ellas nuestro agradecimiento y admiración.

La lucha por los logros sociales y morales ha exigido sacrificios: ha debido modificar ideas y mitos que habían sido fundamento de las costumbres de entonces, produciendo roturas matrimoniales con inusitada frecuencia, soledad en aras de la libertad individual, violencia y discriminación moral y social a la mujer separada. De otra parte la solidaridad masculina va apareciendo pero con lentitud, porque cuesta al hombre perder su autonomía y compartir su posición dominante, así como el darle mayor valor a la equidad de pareja y aceptar el crecimiento social y cultural de su compañera. Pero de todas maneras hay avances hacia un futuro diferente.

Pero la verdadera justicia está aun lejos, porque las injusticias son frecuentes y públicas: leyes sobre participación mayor de la mujer, que ni siquiera llegan a la igualdad en número, son violadas flagrantemente aun en Las Cortes Judiciales; las discriminaciones laborales son permanentes y las madres que trabajan tienen dos turnos laborales por día. Pero la injusticia mayor se da en la violencia de género, en donde madres, jóvenes y aun niñas son víctimas de atropellos de todo tipo.

Es mucho el camino que hay que andar para alcanzar la equidad y el respeto a la mujer y en ella a la maternidad, que ya vimos que es fundamento de la humanidad. Pero esta convicción y el empeño para avanzar no puede ser solo de las asociaciones femeninas, sino que tenemos que comprometer seriamente a los hombres, empezando por los gobernantes, los intelectuales, los políticos, los maestros y profesores, desde las escuelas primarias hasta las universidades, pues no se trata sólo de actos de cortesía, sino de reconocimiento y defensa de los derechos humanos, que debieran empezar por los de la mujer, madre, esposa, compañera e hija.

Espero haber contribuido en algo, a la labor maravillosa que ustedes han emprendido, con mi cuento de la Tía Rosa.